



**LOS ÚLTIMOS
DE LA
MODELO**

LAS HISTORIAS QUE NUNCA CONTARON

[Juan Pablo Gándara de Torenó]

Primera edición: diciembre de 2023

© Copyright de la obra: Juan Pablo Gándara de Toreno

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-127417-8-0

Código ISBN digital: 978-84-127417-9-7

Depósito legal: B 19968-2023

Corrección: Samuel Pérez

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions www.angelsfortunedititions.com

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright. «Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

LOS ÚLTIMOS DE LA MODELO

**Las historias que nunca
contaron**

Primera parte

JUAN PABLO GÁNDARA DE TORENO

LA MODELO

Recios muros empedrados
cubiertos en las esquinas
de afiladas concertinas
sobre los cuatro costados.

Pabellones enrejados
sobre aleros, golondrinas,
rosetones, marquesinas
en pasillos alargados.

En tiempos acompasados
bajo unas densas neblinas
con las más puras inquinas
de internos encarcelados.

Con cielos encapotados
bajo un manto de aguas finas
con esperanzas divinas
de unos patios alambrados.

Una cúpula altanera,
seis brazos, una capilla
cual octava maravilla,
algo más que una quimera.

Quien a mí me lo dijera,
si en operación sencilla
con fango hasta la rodilla
de este ostracismo saliera.

Si en el tiempo sucumbiera

en tétrica pesadilla
garrote vil en la silla.
¡Cual Puig Antich pereciera!

Cercana la primavera
desde el Pardo a Cercedilla,
con firma del cabecilla,
siempre en la misma manera.

Cuántos días de sufrimiento,
de penas y de tristeza,
de un adalid en proeza
incansable al desaliento.

Una celda de aislamiento,
una notable entereza,
cual noble naturaleza
oteando el firmamento.

Sin el menor sentimiento
ni la mínima presteza
con la mayor sutileza
en un padecer tan lento.

Cual precursor de este invento,
de una nefasta rareza,
de esta Modelo en pobreza
que, al fin, ¡se la llevó el viento!

Juan Pablo Gándara de Toreno

DEDICATORIA

En memoria de Salvador Puig Antich, condenado y asesinado de forma arbitraria, el día dos de marzo de 1974, por las hordas franquistas afines al régimen, mediante el inhumano método del garrote vil. Esta brutalidad fue llevada a cabo en el interior de las sórdidas dependencias de la paquetería de la cárcel Modelo de Barcelona.

Con estos versos he querido expresar el hondo pesar y el padecimiento sufrido por Salvador en los últimos instantes. Aunque se mostró entero y valiente como ¡un león!, hasta el fatídico momento final, señalado para las 9:20 h de la mañana de un sábado y desapacible día de invierno. No solo se ensañaron con Salvador, sino también con otra retahíla de personas inocentes que fueron maltratadas, torturadas y ejecutadas «treinta y seis de la misma forma, garrote vil, y otros cientos por otros métodos diferentes», en aquellas sombrías dependencias durante décadas. Para todos los que sufrieron estoicamente en silencio y padecieron las atroces consecuencias, que revirtieron en terribles secuelas personales, familiares y psíquicas. También, para los que les fueron pisoteados sus derechos y torturados en la Modelo, va este recuerdo.

Juan Pablo Gándara de Toreno

CAPÍTULO 1

Primera entrada en la prisión Modelo de Barcelona en las Navidades de 1983

Allí estaba yo, ¡impávido!, inmerso en unas circunstancias que mi mente jamás pudiera imaginar. Por unos momentos, me froté los ojos con la esperanza de que fuera un hecho onírico, o tal vez, un espejismo; pero no, aquella imagen era tan real como la vida misma. A lo lejos, pude contemplar una desoladora estampa; la comitiva fúnebre con varios féretros descendiendo calle abajo. Provenía del recinto carcelario donde iba a ser confinado. Este hecho me produjo, además de pavor, un estigma insuperable.

Nunca estuve en un lugar parecido, ¡ni de visita! El solo hecho de pensarlo, ¡me aterraba! Resultaba notorio que me enfrentaba al día de mi desdicha, al momento de la verdad...

Era la primera vez que cruzaba el umbral de aquel portón; labrado en madera de roble y ornamentado en fina y artesanal forja. Había transgredido la legalidad vigente y cruzado la tenue línea roja que separaba el bien y el mal. Me involucré en el tráfico de drogas y la Policía me sorprendió con una cantidad de notoria importancia. A partir de entonces, tuve el presentimiento de que el sentido de mi vida cambiaría para siempre. Comenzaba una nueva etapa, una andadura que iba a transcurrir por la senda del ostracismo y el olvido, hasta situarme en la antesala del Infierno.

Mi nombre es Luciano Paniagua y en aquel momento caminaba a través de la zona intermedia de la esperanza de vida, la que marcaban los modernos y previsores cánones, la treintena media.

Desde el interior del sórdido y pestilente furgón policial, al que denominaban «lechera», no pude distinguir el contenido de una inscripción situada en la parte superior del portón. Estaba cincelada sobre la piedra blanca de un adintelado arco de media herradura, que daba entrada al inexpugnable recinto carcelario. De repente, me sobrevino un pensamiento dantesco, ¿podría tratarse de mi epitafio? No dispuse del tiempo material para completar su lectura, tan solo quedó grabado en mi retina una efímera parte del enunciado, la que lo culminaba.

Una pareja de beneméritos guardias civiles, ataviados con una indumentaria en color lagarto y tocados con charolados tricornios, «sombrosos cacerola», en un movimiento tardo, empujaban las pesadas hojas del vetusto portón. A medida que se iban abriendo, emitían un estridente sonido, pronto lograron su propósito, desplegarlas de par en par.

Al final, pude memorizar el epígrafe, «nueve de junio de 1904, en números romanos». Supuse que sería la fecha de apertura del centro de reclusión, al que denominaban «la Modelo». Este detalle era significativo, fue el último recuerdo de la fachada principal del deslucido y siniestro lugar. De Modelo tenía muy poco, si acaso, del que nunca se debiera seguir, ni tampoco existir, y menos, tomarlo de referencia.

Más tarde me pude informar a través de los corrillos de radio patio, donde circulaban todo tipo de rumores, medias verdades y noticias fabuladas, del modo sarcástico que llamaban a los beneméritos guardianes. Los números eran don Tarugo y don Melón, al suboficial de guardia, foso y muralla, le pusieron «sargento Sardina». Al tiempo que, de modo despectivo, les llamaban «Picoletos», porque el tricornio cuando crearon este cuerpo armado terminaba en pico. En cuanto a los policías nacionales, ¿por qué les llamaban «maderos»? Se debía al color primitivo del uniforme, que era como el de la madera. Esta historia se encuentra alejada en el tiempo, se circunscribe a principios de los años ochenta del siglo pasado, en fechas cercanas a las fiestas navideñas. Sin pretenderlo, me retrotraía a un pasado glorioso y me situaba en la lontananza de unos añorados recuerdos.

El desvencijado furgón policial que me trasladaba desde el Juzgado número 33 de Barcelona, se fue adentrando en la superficie empedrada del patio. El edificio guardaba cierta similitud con un convento de clausura, por la balastrada de columnas con capitel que sustentaban los corredores de la cuadrículada estancia, aunque en plan cutre. A duras penas, como si de intrusos se tratara, penetraban los rayos de sol a través del espacio que marcaba, el límite de los desolados muros.

Sobre la parte central, la que estaba situada al oeste, se encontraba una férrea y enrejada puerta que daba acceso al interior del recinto. Todos los fantasmas resurgieron al unísono, ni en las peores situaciones oníricas podría rebrotar una pesadilla análoga a la que estaba viviendo.

Me esposaron a la espalda, así lo marcaban los trasnochados protocolos, este detalle me produjo un estigma inenarrable, además de unos moretones que me dejaron marcadas las muñecas durante varios días. Con unos modales, impudicos de los servidores de las buenas

disposiciones y de las leyes imperantes, acabé inmerso en medio de zarandeos y de unas palabrotas irreproducibles que berreaban los defensores del orden..., en una nebulosa. Me llevaron en volandas a través de un lóbrego pasillo. Tuve la percepción de adentrarme en el túnel del tiempo.

Una notoria humedad rezumaba de las paredes donde pendían varios cuadros que llevaban impresas unas escabrosas imágenes. Los personajes de los lienzos mostraban gestos grotescos, ¡tenebrosos!, creando una atmósfera irrespirable. Todos llevaban la misma firma, Artal. Me costó distinguir el nombre, si no era de cerca resultaba ilegible.

Una oscura penumbra invadía los impenetrables rostros de los guardianes que se fueron cruzando en mi camino. Traté de mostrarme lo más afable que la situación me permitía. Iba emitiendo una velada sonrisa a través de mi apesadumbrado semblante, al final, se fue desvaneciendo hasta convertirse en una especie de mueca. Me produjo una inquietud inenarrable contemplar las caras desencajadas de los carceleros, parecían surgidos de ultratumba o de una película de terror, no estaban por la labor, y menos para sonrisas.

Me tenía por un hombre dinámico y extrovertido, en aquel momento denotaba un sentimiento especial, como si me hubieran robado el alma. El corazón me latía al ritmo de un caballo desbocado, intentaba sosegarme, aunque todo el esfuerzo se convertía en una ímproba tarea. Aquel mundo desconocido mermó mi autoestima, noté que mi espíritu se arrugaba y empequeñecía hasta quedar cernido por los suelos.

Fuimos franqueando diversas puertas que se iban cerrando a nuestro paso, emitían un extraño y estridente ruido, que me quedó grabado en la mente para siempre. Cuando llegamos a la parte intermedia, nos adentramos en un compartimento que denominaban «Gabinete». Al cruzar el umbral de la puerta y ver la estampa que ofrecía, fui consciente del negro porvenir que me aguardaba. Con celeridad, llegué a la conclusión de que el inhóspito lugar, cargado de historia, de hechos luctuosos y nefastos recuerdos, no albergaba nada bueno para mí.

Con la mirada fría, igual que un témpano de hielo y el estado inerte de aquellos personajes, temía lo peor. El de mayor envergadura me dirigió la palabra con cara de pocos amigos. Llevaba enfundadas las manos con unos azulados guantes de goma, guardaban cierta similitud con los que mi madre utilizaba para fregar los platos una década antes.

—¡Venga para acá, delincuente! —exclamó el carcelero.

Aquel individuo embadurnó con tinta una tablilla y la esparció con un rodillo hasta impregnarla del todo. Acto seguido, me asió con fuerza por las muñecas y, sobre una cartulina provista de diez casillas, fue depositando las yemas de los dedos de ambas manos, comenzando por el índice y acabando por el meñique. Primero de la mano derecha y después de la izquierda, sin dejar ninguno de los apéndices por manchar. En el interior de las cuadrículas quedaron plasmadas las huellas dactilares para siempre. No recuerdo, el tiempo que tardaron en desaparecer los lamparones de tinta de los dedos, aunque la sombra se alargó durante varios días. Más tarde, otro carcelero que mantenía el rostro pálido y una mirada de espanto, me indicó con la mano derecha el camino a seguir. Iba hacia una mazmorra de exiguas dimensiones con el frontal enjaulado. El habitáculo exhalaba un intenso y fétido olor a rancio, al instante, me produjo una irrefrenable arcada que me provocó un vómito. Solicité al vigilante hacer uso del lavabo, me señaló con el dedo anular hacia el fondo. Se trataba de un lugar sórdido y nauseabundo, aquel retrete expelía todo tipo de inmundicia, algo sucio y asqueroso. Esta circunstancia empeoró mi situación anímica, el penetrante olor a orín me impregnó las fosas nasales para siempre. También quedó grabado en mi mente un texto, situado en el reverso de una destartalada puerta de madera que clausuraba el recinto, de esta forma se expresaba: «Aquí se caga, aquí se mea y el que tiene tiempo se la menea». Este era, el contenido del culto y delirante mensaje...

CAPÍTULO 2

Adentrándome en la oscuridad y recordando a Salvador Puig Antich

Este panorama logró que permaneciera meditabundo durante un buen rato. Con posterioridad, fui conducido por un tenebroso pasillo hacia el lugar donde culminaría el viaje. En un instante me adentré en un submundo desconocido, bajo la bóveda de media esfera que coronaba una altiva cúpula. El armazón, lo componía un entramado de vigas que, a su vez, las sostenían una docena de férreas columnas de gran tamaño. En la parte superior lucían una cruz de considerables dimensiones, estaban embadurnadas de un color oscuro, convirtiendo la estancia en algo diferente. El adusto lugar se encontraba abrasado por el sol y el transcurrir del tiempo. Lo denominaban «el Centro», no sabía muy bien de qué centro se trataba, si del centro de la cárcel, del universo, del infinito, o tal vez, del centro de la Tierra. Al final, fui consciente de lo que era, «el centro de las goteras». En los días de lluvia, cuando resultaba generosa, se filtraba el agua por todas las partes y se inundaba a rebosar. Ni siquiera, el elevado número de cubos que ponían en el suelo, le prestaban amparo. Llegué en compañía de una docena de internos, un hombre vestido de marrón nos indicó el camino a seguir, tuvimos que hacer un giro hacia la parte derecha del recinto. Sobre el dintel de una enrejada puerta se podía observar un letrero que indicaba 5.^a galería. Por un instante, se me pusieron los pelos igual que escarpías, al observar el laberinto de galerías que conformaban el recinto. Estaba esperanzado en que la encrucijada no me condujera hacia un callejón sin salida. Conocía de sobras el significado de la 5.^a galería por las terribles historias que los vecinos relataban. En las sombrías madrugadas, exhalaban de sus adentros unos desgarradores gritos que emitían los presos, fruto de la desesperación y de la tortura a la que estaban siendo sometidos. Siempre eran los mismos: los indefensos, los vulnerables, los desfavorecidos, los que resultaban incómodos, los conflictivos o quizá, los más indómitos. Al instante, mis piernas comenzaron a flaquear, solo me queda encomendarme a todos los santos para que intercedan por mí y me hagan despertar del falso sueño. Ni todas las plegarias del mundo me podrían ayudar en este cometido. El dedo acusador del carcelero me indicó el camino a seguir, no era otro que el de la 5.^a galería.

La suerte no estaba de mi lado, se mostró esquiva, me dio la espalda, no tuve posibilidad de elección. A partir de aquel momento, se iniciaba un nuevo periplo de mi vida a través de la intrincada maraña de galerías del penal. Una andadura que no me conduciría a ninguna parte, con el agravante de que la encrucijada podría convertirse en una tragedia. Daba comienzo la gran odisea en la que tenía que afrontar el enigma y adentrarme en los ignotos lugares del laberinto.

El ritmo de mi corazón traspasaba la barrera del sonido, el grupo de reclusos de la partida, nos mirábamos unos a otros con cara de espanto. Al cruzar el umbral de la primera cancela, un silencio sepulcral reinaba en el recinto, nos encontrábamos en el epicentro del torbellino. Al final de unas escalinatas, nos aguardaba otro carcelero, sin pensarlo, me situé frente a él, lo miré fijamente a los ojos con recelo y otro tanto de ignorancia. De esta manera exclamó...

—A partir de ahora, no quiero que nadie me moleste, el que llame a la puerta, ¡lo crujo!

Estas palabras alteraron mi estado de ánimo hasta generar una profunda inquietud, comencé a tiritar igual que un niño asustado. El miedo me enseñaba su lado oscuro, este mundo no formaba parte de mi entorno. Se trataba de una situación delirante. Me mostraba suspicaz; las piernas, las manos y los labios, no paraban de temblar, parecía tener el baile «san Vito». Miré hacia ambos lados, sin comprender nada de lo que acontecía. Se trataba de un hecho aterrador que me tenía desconcertado e infundía verdadero pánico...

Aquel personaje, sediento de venganza, nos adentró en un pequeño cuarto, y uno a uno nos fue incitando a que nos despojáramos de toda la vestimenta. No tardó en ponernos de cara a la pared y proceder a un cacheo completo, incluidas las partes sensibles e intrínsecas del organismo. El siguiente paso consistió, en cruzar el umbral de una ducha plagada de líquenes que cubrían las paredes y la bovedilla del techo, le daban una verdosa tonalidad norteña. Más tarde, lo pude comprobar en mis propias carnes, los hongos adheridos en las plantas y los dedos de los pies tardaron un año en curarse, además de padecer insufribles picores. A continuación, nos ataviaron con un pijama de color turquesa, estos harapos nos dotaban de un aspecto burlesco. Daba la sensación de habernos retrotraído en el tiempo y estar situado en uno de los esperpentos de Valle Inclán.

Estuve sentado en una silla un buen rato, no lo pude cuantificar al no disponer de reloj, me lo retuvieron tras un exhaustivo cacheo. Posteriormente, me informaron de que el objeto estaba depositado en valores, cosa que no era cierta, este detalle corroboró a que perdiera la noción del tiempo.

Durante la mañana me convocaron varias veces para realizar una serie de pruebas de tipo docente y sanitario, todas muy básicas. Al final, crucé el umbral de la puerta hasta perderme en los entresijos de una celda de la galería. Permanecí solo y meditabundo, por mi cabeza, a velocidad de vértigo, circulaban todo tipo de recuerdos, de lo que pudo haber sido y no fue, y quizás, nunca volverá a ser. De repente, me sobrevino un mal pensamiento, hasta aquí hemos llegado Luciano, me planteé. El final de la utopía se presentaba ante mí sin apenas haber caminado por la senda de la vida. Miré al cielo, a una sábana y hacia la reja..., cuando me hallaba fuera de mis cabales, vencido y derrotado, saqué fuerzas de flaqueza y me sobrepuse a la debilidad pasajera. Más tarde, resurgió del fondo de mi ser todo el valor, el orgullo y la rabia que albergaba dentro. Como signo de fuego que soy, me pregunté: «¿Qué haces, idiota?». El habitáculo aislado estuvo a punto de lograr su objetivo, perturbar mis sentidos, confundir mis ideas y convertirme en un ser vulnerable y extraño. Al entrar en aquel lugar prohibido, la tragedia sobrevolaba el entorno y, aunque era intangible, se palpaba en el ambiente. Los opacos muros ofrecían malos presagios. Lo peor aún estaba por llegar.

El apetito se esfumó en el momento que pude contemplar la bazofia de comida que otro preso, al que denominaban ordenanza, me sirvió en una bandeja de hierro, algo ignominioso. La fui almacenando en un cubo de basura, no probé un bocado en todo el tiempo que permanecí allí dentro, al final, me pareció una eternidad.

De madrugada, percibí unos gritos desgarradores que provenían de la planta inferior de la 5.^a galería. Daba la sensación de que estaban descarnando a un recluso, o tal vez arrancándole la piel a tiras. No se trataba de una leyenda, los rumores que corrían de boca en boca entre el vecindario lo venía a corroborar. Por las noches, se oían los lamentos y alaridos de los presos de las celdas de castigo. Allí eran sometidos a tratos degradantes y vejatorios que vulneran la legalidad. Los hechos se fueron repitiendo durante las jornadas que permanecí recluido entre las paredes carcelarias. Durante este tiempo, fueron desfilando por mi mente los momentos más atribulados y oscuros de mi vida. No me podía creer que estuviera atravesando una situación tan comprometida, en un lugar tan aciago y detestable. La disposición en la que me hallaba inmerso no era de recibo, estaba abandonado de la mano de Dios, sin un camino predestinado y con un futuro que se tornaba insostenible.

Cada noche sentía pena de aquellos pobres incautos, qué incongruencia tan grande, ¿quién lo haría por mí? Mi cabeza no paraba de maquinarse cosas extrañas, siempre resurgían los mismos

pensamientos, ¿tal vez? Mi destino estaba encauzado hacia la senda del ostracismo y el olvido.

Una mañana, sin previo aviso, nos trasladaron a varios de los confinados, desde la 5.^a galería hasta la enfermería que dista escasos metros. Volví a cruzar el centro y a desandar los pasos perdidos, a través del largo túnel y a convivir con las fantasmagóricas figuras, en forma de cuadros, situadas a cada lado del pasillo. Nos detuvimos hacia la mitad, mientras que una puerta corredera se fue abriendo de manera pausada, mostraba un panorama aterrador y cochambroso. Apenas habíamos recorrido un pequeño trecho del camino, cuando uno de los carceleros indicó que nos detuviéramos. En un acto reflejo, giré la mirada hacia la parte derecha del pasadizo y contemplé una escena que me hizo palidecer, me quedé ensimismado e inmóvil. Parecía que, de repente, se me había helado el alma y coagulado el torrente sanguíneo. ¿Cuál era el motivo que turbó mi mente de esta manera? Se trataba de algo espantoso, un desvencijado y tosco sillón de madera de cerezo bravo y roble que estaba apoyado en la pared, medio oculto entre los herbajes de un parterre. Presentaba un estado de conservación deplorable. La exposición continuada al aire y a las inclemencias del tiempo, lo habían deteriorado. Aún se percibía, a ambos lados del artilugio, sobre los reposabrazos, unos grilletes ferruginosos en muy mal estado. De una de las patas sobresalía un correaje de cuero tosco con unas hebillas adosadas, que servían para asir a los reos por los tobillos. Un poco más arriba se encontraba otro a la altura de los muslos, que tenía el mismo fin. Lo que me impactó sobremanera fue lo que colgaba en la parte superior de un tablón cruzado, a la altura de la cabeza. Se trataba de un mecanismo provisto de una cinta de hierro en forma de collar, que circundaba el cuello del reo a la altura de la tráquea. Llevaba adosado un enorme tornillo acerado con una bola en uno de los lados. En el otro, un hierro cruzado en forma de aspas, que lo situaban frente a la nuca del reo, el que a la postre se convertía en el detonante de la tragedia. El verdugo iba girando el émbolo de forma paulatina, hasta que lograba aplastarle las vértebras cervicales y romperle la médula espinal, ¡desnucándolo! Mientras que se producía la muerte, el convicto padecía un sufrimiento atroz, cruel e inhumano. Los poderes fácticos ponían a su servicio esta estratagema para amedrentar, oprimir y doblegar a los débiles, a los desprotegidos, y a los proletarios que no comulgaban con sus proclamas.

Por un instante, nos detuvimos frente al sillón, que tanto horror y violencia llevaba aparejado a sus espaldas. Era la primera vez que contemplaba de frente un artilugio tan asesino. Ante la curiosidad que despertó la máquina del horror entre los asistentes, uno de los carceleros nos habló de la siguiente manera.

—¿Sabéis qué es esto? ¿Tenéis conocimiento de qué se trata?

Ninguno de los presentes realizó el menor comentario. Conocía sobradamente la historia, pero me tuve que morder la lengua para no soltar un impropio. ¡Se trataba del garrote vil!

—Sobre este banco, con la viga cruzada y el mecanismo de hierro se ajustaba a las gentes de mal vivir, asesinos, delincuentes y reos confesos, ¡como vosotros! En este asiento se ejecutó al último convicto en España, se le condenó por el asesinato de un policía... a la pena capital, a morir agarrotado en este sillón —exclamó.

Tras un prolongado silencio, el carcelero continuó con su prolija verborrea.

—¿Sabéis quién era Puig Antich? —Nadie respondió.

Otra vez lo volví a negar, igual que San Pedro lo llevó a cabo dos siglos atrás con Jesucristo. Conocía sobradamente la biografía de Salvador Puig Antich. Al instante, sobrevino a mi mente la tétrica imagen, parecía que estuviera reviviendo de nuevo la historia, y lo que era peor, en persona. Quien me iba a decir a mí que nueve años después me encontraría situado en el lugar de la tragedia. Frente a la tenebrosa máquina de matar jamás creada por el hombre, y que tantas ejecuciones llevaba aparejadas a sus espaldas. La más reciente aún permanecía grabada en mi retina. Fue el linchamiento de un joven de veintiséis años, pleno de vitalidad y que, de una forma tan vil y miserable, le arrebataron la vida, cometiendo el asesinato más sonado en la historia de este país. Tuve la percepción de que la sangre caliente de aquel joven todavía se encontraba diseminada por el suelo, bullendo sobre las tablas del desvencijado sillón. Por un instante, noté una extraña sensación, se trataba del aliento apresurado del muchacho, que aún permanecía sentado sobre el artilugio con los grilletes puestos. Nos miraba fijamente, no solicitaba clemencia, sino ¡justicia! En el fondo percibí una impotencia indescriptible, me imagino que, análoga, marcando las distancias, a la que sintieron sus hermanos: «Joaquín, Carmen, Montse, Inma y Merçona, y sus padres Joaquín e Inmaculada, su novia Margalida y demás familia» en el desdichado momento. Tras un sumarísimo proceso plagado de irregularidades y omisiones oportunistas, llevadas al plenario por parte de los cuerpos de seguridad y de los organismos militares. Fue condenado a la pena capital, sin ninguna prueba en su contra, ni garantías procesales, tan solo las interesadas por parte de la Policía. A día de hoy, todavía siguen con la misma cantinela, prevaricando, en no pocas ocasiones, sin que la autoridad judicial ponga coto a estos desmanes. Exámenes posteriores dictaminaron que, el policía Francisco Anguas Barragán cayó abatido

por el fuego amigo, el de sus compañeros, convirtiéndose en una víctima colateral.

Transcurrían los años setenta y la dictadura daba síntomas de flaqueza, parecía difuminarse en el tiempo, en sí el Generalísimo moriría año y medio más tarde. El franquismo se tambaleaba dando los últimos estertores, querían aparentar que el sistema continuaba más firme que nunca, y para ello pretendían dar un escarmiento. Buscaban un chivo expiatorio y lo encontraron en la figura de Puig Antich, convirtiéndolo en la víctima propiciatoria. Llevaron a cabo el más execrable de los crímenes consumados durante el franquismo, y mira que los hubo torticeros. Por desgracia, no fue la última de las correrías de aquellos intolerantes sedientos de sangre, hubo otros asesinatos.

Me puse a meditar en soledad y me preguntaba ¿cuánta sangre inocente habría sido derramada sobre los toscos tablones del extraño mecanismo, creado por la mano del hombre? Sentí escalofríos al pensar que en tan solo unos minutos, te pueden privar de algo tan sagrado como la vida. De todos es conocido que se trata de un don inmaterial, único e irrepetible, y nadie se puede erigir en su paladín, ni tratar de disponerla a su libre albedrío.

Aquella imagen terrorífica me atormentó, al tiempo que me produjo un estigma del que no me podía reprimir. Era verdad que el artificio se hallaba sometido a un inexorable acoso y derribo; pero ¿cuántas vidas no habría llevado por delante? ¿Cuántas ilusiones cercenadas y familias destruidas? ¿A cuántos inocentes habrían ejecutado sobre los lomos del esperpéntico y criminal dispositivo? Todas eran preguntas sin una sola respuesta. La mayoría quedaban en el aire o, quizá, ya se las habría llevado la brisa de la iniquidad para siempre. Con posterioridad me informaron que, unos años después del execrable asesinato, aquel sillón había sido restaurado y expuesto en una de las dependencias exteriores de «la Modelo». En recuerdo y memoria de los hombres que habían sido ejecutados por el método tan cruel e inhumano «de garrote vil»... a buenas horas. Tan solo faltaba un detalle, haber colocado la figura de cera del verdugo detrás del sillón, con las manos sobre el manubrio del garrote vil ejecutando la acción...

Los siniestros personajes, «los verdugos», eran originarios de la España profunda, y quedaron convertidos en seres de leyenda. La mayoría disponían de escasas luces, poca cultura, y menor entendimiento. Eran fácilmente manipulables y sumisos, por una nimia cantidad de dinero y un plato de lentejas, se prestaban para llevar a cabo cualquier cometido, por muy detestable que resultara. Esta vez el homicida fue Antonio López Sierra, el verdugo de la Audiencia de

Madrid, pero hubo muchos más en los 154 años que estuvo en vigor, el espantoso método de ejecución de convictos. Estos fueron los últimos en ejercer la horrenda tarea: Bernardo Sánchez Bascullana, Vicente López Copete, José Monero Renomo, aparte de Antonio López Sierra... Esta fue la última de la veintena de ejecuciones llevadas a cabo, a lo largo de los veintiséis años que duró su alocada carrera de justiciero. Por cada ejecución le abonaban quinientas pesetas de la época, además de una paga anual de 84000 pesetas, más pagas extras y un incentivo familiar. Sumado todo no superaba las cien mil pesetas al año, «seiscientos euros actuales», por apretar el gajate de los reos condenados a muerte. Los verdugos eran los encargados de transportar hasta «el Patíbulo», e instalar sobre el tablón de roble o de cerezo bravo, a la altura de la cabeza del reo, el pesado mecanismo. Por este motivo me sorprendió ver montado el artillugio completo y herrumbroso, sobre el tablón vertical del vetusto sillón, pero así era. Resultaba conmovedor, sentí repelús al contemplar esta imagen. Nuevamente, nos indicó el carcelero, aunque esta vez en un tono ponderado y un trasfondo sarcástico.

—Tranquilos, muchachos, que este mecanismo no se utilizará contra ninguno de vosotros. ¡Claro, si os portáis bien! Si no, ¿ya veremos? Para con posterioridad soltar una sonora risotada. —Este detalle nos insufló un poco de sosiego a los presentes, aunque continuábamos recelando de sus buenas intenciones.

—Sigamos hacia la enfermería y dejemos las cosas nimias a un lado, nos vamos a limitar a las importantes —replicó—. Como si no lo fuera.

Durante los días posteriores no paraba de dar vueltas en mi cabeza el episodio de Puig Antich, se trataba de una de las últimas correrías del régimen fascista. Tal vez, la que albergaba mayor gravedad de las cometidas en la última etapa del régimen. Llegaba envuelta en un aura de misterio indescifrable y, a pesar de que después se produjo algún caso importante, este fue el más significativo de todos por la iniquidad que llevaba aparejada.

Por mucho que el carcelero o encargado de prisiones recalcará, que se trató de un hecho aislado y que no padeciéramos, porque ya habían transcurrido muchos años y casos parecidos al de Puig Antich, no se repetirían. De todas formas, no las tenía todas conmigo y los días que duró el encierro en aislamiento fueron muchos los pensamientos oscuros que desfilaron por mi mente. Quizá demasiados, la mayoría llegaban envueltos en una densa bruma y un aura de misterio.

De vez en cuando dirigía la mirada hacia la parte más encumbrada del muro donde había un enrejado ventanal, desde esta posición la

vista se difuminaba en el infinito. Solo tenía constancia de un cielo azul, algunas nubes por el día y las relucientes estrellas al anochecer. Amén de una impoluta luna llena, que me dio vida nocturna durante las madrugadas del plenilunio.

No sé cuántos días permanecí en la misma situación al no disponer de reloj, al parecer no estaba en valores como en un principio pregonaban, sino que lo confiscó la Policía, no volví a saber nada del contador de horas. Se extravió en el tiempo, lo mismo que las huchas de mis hijos y otros enseres, en los registros llevados a cabo por los «Maderos» en mi casa. Tampoco representaba otro valor que no fuera el sentimental, se trataba de un regalo que me hizo mi abuelo unos años atrás. En su redondeada esfera figuraba grabado un nombre con letras negras «Trovato», marca de cierto renombre en los tiempos de juventud de mi abuelo Daniel. Se lo cambió a un gitano en León, cuando realizaba el servicio militar en el Gobierno Civil como asistente de un coronel, corría el año 1920, por otro de la marca «cuerda ocho días» que no funcionaba, al final, le acarreó serios problemas con el hombre de raza calé. Se invirtieron las tornas, y fue mi abuelo el que lo engañó esta vez. Sentí bastante la pérdida, pero nada se podía hacer, al fin y al cabo, tan solo se trataba de un reloj. Eran gajes del oficio y de esta manera tenía que aceptarlo, no quedaba otro remedio. Las circunstancias mandaban y no había posibilidad de elección, ya compraría otro. Lo cierto era, que sin reloj el tiempo transcurría con una lentitud exasperante, los minutos parecían convertirse en horas, las horas en días y los días en meses, hubo momentos en que perdí la noción de la realidad.

En el umbrío sótano, tan solo se percibía un haz de luz que se adentraba a través del enrejado ventanuco. Durante las noches despejadas podía contemplar el cielo de Orión henchido en astros, luceros y estrellas, en espera de que se alinearan y cambiara mi suerte. El resto de la estancia permanecía tan oscura como una tormenta de verano. Pasaba las madrugadas en vela, inmerso en una bruma de intranquilidad y recelo, y por qué no decirlo, ¡de auténtico pavor! No hubo una noche que no se oyeran, los alaridos, lloros y lamentos provenientes de las celdas de castigo. En aquel lugar sometían a los reclusos, desde el anochecer hasta que clareaba el alba, a prolongadas sesiones de malos tratos, por no denominarlos de otra manera más expeditiva, ¡tormentos!



ACERCA DEL AUTOR

Juan Pablo Gándara nació en Toreno (León). Su juventud transcurrió en Ponferrada y, años más tarde, se trasladó a Barcelona. Ya desde niño, sintió verdadera pasión por los grandes escritores y poetas del Siglo de Oro y pronto comenzó a cultivar la poesía, inspirado por los bucólicos paisajes de su Bierzo natal, donde realizó los estudios y colaboró con diversos medios de comunicación (RadioCadena, Cadena Ser, emisora de Ponferrada, Diario de León, Hoja del Lunes, Aquiana, Crónica y las agencias EFE y Mencheta a nivel nacional, entre otros).

Su curiosidad por expandirse en otros campos y el difícil trance, y las tormentosas circunstancias que estaba atravesando en aquel momento, lo impulsaron, en una vorágine literaria, a escribir doce novelas y más de quinientas poesías.

Los últimos de la Modelo, su nueva novela, ha tardado seis años en culminarse, debido a todo tipo de contratiempos y trabas por parte

de diversos sectores que maniobraban de forma indecible y torticera para incitar al autor a desistir. Pero nada de esto le ha hecho perder el impulso y el empeño para culminar este proyecto.

Si te gusta la intriga y las historias basadas en hechos reales, no dejes de leerlo.

REDES SOCIALES Y CONTACTO DEL AUTOR

Página web: www.juanpablogandaradetoreno.com

Correo electrónico: nemesiodieziglesias@gmail.com

Facebook: Nemesio Toreno Díez Iglesias

TikTok: @nemesiotorenodieziglesi2

Instagram: Juan Pablo Gándara de Toreno

Twitter: @JPGandaraToreno

Facebook: Juan Pablo Gandara de Toreno